

Sobre las ruinas del mundo

Luis Jorge Boone

Anunciar la muerte de tal o cual género literario es un *revival* llamativo para temperamentos con inclinaciones apocalípticas, que se delata siempre como falsa alarma, producto de la exacerbación de ciertos ánimos críticos. Periódicamente surgen polémicas sobre la defunción de la literatura, la novela, la poesía, etcétera (¿o será que dichas especulaciones, omnipresentes, sólo a veces alcanzan la voz?). Por otro lado, es casi una prerrogativa del artista sentir que sus creaciones corren cierto *peligro*, que son *amenazadas* por el mundo que las obvia o rechaza. Entre escritores, el síndrome de minoría es deporte popular: afirmar que se practica *el género* —o se aborda *el tema* o se porta *el estandarte* estético-ideológico— menos favorecido por la crítica, las editoriales, la sociedad y el resto de los colegas (deporte, dicho sea de paso, donde el declarante se queja de jugar siempre con las desventajas del visitante, mientras el Resto del Mundo juega de local). Más allá de vasos medio llenos o medio vacíos, del escritor que decreta muertes ajenas o de ese otro que se declara especie en peligro de extinción, la literatura sobrevive siempre bajo sus propios términos: las mezclas, las nuevas rutas, el mestizaje de géneros y temas, las nuevas lecturas, dan nuevos lustres a viejos mecanismos. Así, creyente o apóstata, quien hable en tiempo pretérito (o tema sinceramente por la persistencia) de la ciencia ficción, el relato gótico y de horror, o de la literatura fantástica, corre el riesgo de leer la tradición como una ciega máquina lineal imposibilitada para reconocer su propio rastro, cuya dinámica es menos la de una entidad viva que la del archivo muerto.

La anterior reflexión viene a cuento por las filiaciones de *Todo esto sucede bajo el agua*, volumen de cuentos que se alimenta de referencias y herencias de los

llamados subgéneros narrativos (la ciencia ficción, la fantasía, lo policiaco; blancos predilectos para que se dicte de forma rutinaria su dilución y anacronismo, trincheras en las que es fácil sentirse el último habitante de la isla), logrando narraciones sostenidas en intensidad y tono, reinventiones que alejan los pronósticos oscuros.

Borges señalaba al cuento como la forma que dominaría en el futuro, la más contemporánea. En nuestro país no escasean los cuentistas notables. Al mismo tiempo que son objeto de desconfianza, de lecturas distantes a las que el realismo más ramplón intenta desplazar a una segunda división literaria —la de las lecturas “de evasión”—, las historias de seres nocturnos y miedos atávicos cuentan en nuestros lares con autores y obras notables. Libros de cuentos como *Gente del mundo* y *Estos son los días* de Alberto Chimal, *El llanto de los niños muertos* de Bernardo Fernández BEF, *Jaque perpetuo* de Gonzalo Lizardo, *Apuntes para una novísima arquitectura* de Fernando de León, *Invasión* de Gonzalo Soltero, *Los niños de paja* de Bernardo Esquinca. En ese cuadrante extraño se ubica el debut narrativo de Rodolfo J.M. (ciudad de México, 1973).

De las ocho piezas que conforman el volumen, cinco son cuentos de factura redonda que cuentan la ceguera de la sociedad moderna ante la llegada de un Mesías (“El flautista”), un enigmático atraco bancario perpetrado a horas atípicas por seres sobrenaturales (“A pleno día”), el surgimiento de una nueva filosofía ante las enfermedades terminales, una forma de resistencia ante el *fa scismo* médico (“La condición”), un secuestro con destino metafísico (“El jefe”) y un retrato de la vida amorosa de los *freaks* (“Monsieur Teste”). Me ocuparé un poco más de los tres restantes, pues creo que en ellos se concentran los logros del libro y aportan las visiones más novedosas.

El elemento más inquietante de “El duelo” es la teoría de una realidad fantasma que afirma que “el Universo había existido alguna vez y que había explotado, dejando tras de sí una estela de basura y energía residual a la que pertenecemos

junto con todas las galaxias y las estrellas”. No puede existir esperanza ahí donde la “evolución no es sino decadencia”. Ese mundo escoria es el escenario donde sectas extremistas discuten sus creencias en los medios masivos y en la guerrilla callejera. Los religiosos y los pro-evolucionistas, que rechazan la teoría, y los nihilistas, que aceptan cómodamente el postulado del vacío, puesto que confirma sus sospechas de que la vida no tiene ni tuvo sentido. El protagonista del cuento, un nihilista, y un compañero suyo de oficina pro-evolucionista encarnan la desordenada e insignificante pugna interna de una humanidad empeñada en negar las pruebas de su orfandad.

En “La Universidad Invisible” se libra una batalla más silenciosa y difícil de precisar. Por un lado están quienes creen que la poesía (“la forma más elevada del arte: el lenguaje de los dioses”, “una fuerza natural”) tiene el poder de cambiar el mundo. Por el otro, las hormigas, quienes “defienden la realidad oficial: las transnacionales, los medios de comunicación, los gobiernos”. “La Universidad Invisible” parece ser una entequeia, incluso para aquellos que, como Hernaldo, empleado de una editorial y ex poeta, se interesan por encontrarla luego de escuchar ciertas menciones acerca de su existencia. La incorpórea entidad habría contado entre sus filas a José Carlos Becerra, Efraín Huerta, Nietzsche, Einstein; y el alcance de la conjura parece alcanzar niveles míticos. Por otro lado, la editorial donde trabaja el protagonista planea el lanzamiento de una revista enfocada a sacar a la poesía de los márgenes sociales. Entonces em-

MARIANA MAGDALENO. ASSHOLE, BOLÍGRAFO Y ACUARELA SOBRE PAPEL, 2007.





MARIANA MAGDALENO, SIN TÍTULO, DE LA SERIE BABOSAS, TINTA CHINA Y ACUARELA SOBRE PAPEL, 2007.

piezan a suceder extrañas desapariciones destinadas a conservar el *status quo*.

En ambos cuentos la presencia de etéreas conspiraciones globales (o universales) es el eje de las acciones. Muy en la vena paranoica y pesimista del mejor Philip K. Dick; aunque en su versión, Rodolfo J.M. prescinde del contexto ultratecnológico y conserva el peligro subterráneo de habitar un mundo en ruinas, así como el hecho de que los personajes se sientan extras de un drama que los rebasa, piezas triviales de la maquinaria ingobernable.

En "Todos los Rimbauds" un misterioso libro condena a sus dueños a la condición de ágrafos y los enfrenta con la muerte. Felipe, un escritor frustrado metido a diplomático, le pide al narrador, ex compañero suyo de estudios y escritor galardonado que sufre bloqueo, que sea el editor de unas obras completas suyas, escritas por medios extraños. Los temas recurrentes del libro como maldición (el interminable libro de arena borgesiano, el tomo envenenado de Eco) y la no-escritura como la obra ideal (*Bartleby y compañía*) colocan al cuento en la línea metanarrativa, el escritor y sus fetiches como centro del universo. (Encuentro grandes motivos para ubicar a la metanarrativa dentro de la literatura fantástica, dado su afán de mitificar a la escritura, los objetos literarios y el destino del escritor para volverlos objetos mágicos, oráculos, vidas enigmáticas donde

convergen el abismo y lo sagrado; como sucede en "La Universidad Invisible".)

Tres piezas dignas de cualquier antología. El complot como lógica narrativa. Complejas y amenazantes teorías de las que depende el sentido de la vida. Objetos mágicos que rondan y sellan el destino de los hombres. En manos de un narrador menos hábil cualquiera de estos elementos se vuelve inestable. Pero el equilibrio y la capacidad de sugerencia (antípodas de la desmesura y la sobreexposición) son las principales virtudes de este libro.

Con un pie bien puesto en la tradición y el otro en su recreación, la apuesta narrativa de Rodolfo J.M. parte de las ruinas: las de mundos desolados y escabrosos que sus personajes habitan.

Todo esto sucede bajo el agua, Rodolfo J.M., Fondo Editorial Tierra Adentro/Instituto Coahuilense de Cultura, México, 2008.

Gangbang, música para la autoexploración

Barbara González

Desde el título viene la confrontación, *Gangbang* es el nombre que se le da a la práctica sexual donde un individuo coge, folla, fornicia y se deleita con varios a la vez, y así nosotros también, sin deberla ni temerla, somos penetrados sin descanso por los versos de Óscar David López (Monterrey, Nuevo León, 1982). Este autor es parte del movimiento *queer* en el norte del país, un movimiento conformado por escritores que proponen una temática homosexual, o han dedicado parte de su trabajo a ello. Y aunque esta "problemática" parece cada día más digerida y aceptada socialmente, abordarla requiere de valor en un país donde aún existen editoriales que le dan vuelta al tema y se resisten a publicarla.

Sin embargo, lo que encontramos en *Gangbang* no se limita a las sensaciones entre miembros del mismo bando, ni es la bandera arco iris defendiendo una preferencia, sino más bien la exploración, entre otros temas, del sexo y la sensualidad sin importar su nombre, ya sea homosexual, heterosexual o bisexual, lo que da como resultado excelentes imágenes: Ambos formaron un buró donde uno abría/ y el otro apretaba el cajón/ una y otra vez/ hasta que carpintería fue relajación/ aserrín que la fricción suelta.

Pero a *Gangbang* no se le puede etiquetar de mantel para un *picnic* erótico, son sobre todo versos juguetones, reflexivos, fotográficos; inmersiones en estados de ánimo y en el autor mismo, quien hace que las pequeñas cosas que pasan desapercibidas se transformen en universos completos, bombas de significados dispuestos a explotar aunque la fórmula de tal explosivo sea algo tan inofensivo y cotidiano como un viaje en metro, la nieve cayendo, la música de un carrito de helados o la luz entrando por las persianas.

Al recorrer los poemas de Óscar David López, encontramos que nos habla a veces de la inocencia perdida, de fantasías secretas, del deseo, de la rabieta de saber-nos solos, de convertir el espíritu en obra de arte sólo para aquellos concedores que pagarían millones por él; otras, cuando leemos uno de sus versos, parece que nos va a contar una historia, pero de pronto, se dispara en múltiples imágenes donde uno se puede perder fácilmente, sobre todo por los sonidos hipnotizantes que el autor sabe muy bien crear. Decía Aristóteles que la poesía debía entenderse, y Platón, que debía sentirse. En el caso de *Gangbang* el autor parece debatirse entre uno u otro, cambiando de parecer entre poemas, aunque por momentos logra conciliar comprensión y sentimiento.

Y es que si algo sabe hacer Óscar David López es música, la cadencia de sus versos es adecuada y aunque lo dicho a veces puede coquetear con el caos de metáforas, entre estrofas nos permite vislumbrar una buena ilación de ideas que permiten transmitir la bruma de las cuatro